

## EL TRABAJO SOCIAL Y LAS TRABAJADORAS SOCIALES

*Lic. Nuria Calvo Fajardo\**

Hay realidades que nunca se mencionan, a pesar de que son tan palpables como el pan que comemos cada mañana.

El Trabajo Social como carrera tradicionalmente femenina tiene una realidad común a las profesiones consideradas femeninas y muchos de sus problemas hay que buscarlos allí. Esto es muy importante porque tiene que ver con nuestra imagen, nuestra auto-estima, nuestras expectativas profesionales, logros y frustraciones. El trabajo social nació como nacen las carreras típicamente femeninas: ofreciendo un servicio dentro del campo de la asistencia social, y aunque el modelo ideal sea un trabajo social con fisonomía propia, con su propia teoría y campo de acción, sigue afrontando la realidad de su origen, como afrontan los marginados la realidad del suyo.

Algunos científicos sociales<sup>1</sup> han llamado "segregación ocupacional" a la sub-valoración que se hace de las carreras tradicionalmente femeninas. Las nutricionistas, las secretarias, las maestras, las enfermeras y las trabajadoras sociales sufrimos de esta segregación, tanto porque tenemos carreras mal retribuidas económicamente como porque carecemos del status que tienen las carreras tradicionalmente masculinas. Esta condición está estrechamente ligada a motivos ideológicos relacionados con los roles asignados a cada sexo. Es harto sabido que éstos implican para la mujer: resignación, entrega, sacrificio y servidumbre, sumados a la poca valoración social y económica. Lo que se espera por ejemplo de las maestras, es que sus servicios sean baratos y que funcionen como segundas madres. Con la imagen de madre que nos han inculcado, esto significa entrega, sacrificio y renunciación. La nutrición, que es una carrera más reciente, se asocia a la cocina y ésta se concibe dentro del ámbito de lo femenino y lo doméstico.

De las enfermeras se espera que sean la mano derecha del médico, y desde allí se les ubica en posición subordinada, su profesión se asocia como todo lo femenino a la abnegación, la dedicación y la entrega. De la secretaria se espera que "escuche,

---

\* Trabajadora Social

---

<sup>1</sup> C. Rivera, R. Barnett y G. Baruch "Opciones de Vida" La Mujer en el Trabajo Social P. 134  
CIEM Antología (Temas socio culturales en el estudio de la Mujer) Centro Interdisciplinario de Estudios de la Mujer UNA Facultad de Filosofía y Letras PNUD-UNIFEM.

escriba y calle". De la trabajadora social se espera la misma abnegación y entrega para el auxilio de los que sufren y su papel se valora en la mayoría de los casos de acuerdo al requerimiento y las demandas de profesionales de otras disciplinas de mayor status.

Si hay una profesión de la que se debería de esperar la máxima abnegación y entrega es de la medicina, pero ésta no se valora con los mismos parámetros porque es de tradición masculina, al menos desde hace unos cuantos siglos y su ejercicio se asocia con el prestigio social, el alto status y el lucro.

En Rusia, donde dicha profesión es de predominancia femenina, tiene bajo status y es mal pagada. Al regresar a manos de las mujeres, recobra de cierta manera su origen natural. Recordemos que durante siglos fueron las mujeres quienes atendieron a los moribundos, se encargaron de los partos y del cuidado de los enfermos, los ancianos y los niños. Esto lo hicieron sin paga ni gloria. El uso de las hierbas y medicinas naturales era una actividad de las mujeres porque la primitiva farmacia se gestó en la cocina donde se practicaba la cocción de los menjurjes. Con la quema de brujas de la Edad Media fueron exterminadas las curanderas. Sus métodos empíricos y sus rituales cayeron en desgracia ante un nuevo orden que desautorizaba sus funciones. Con esto se produjo el nacimiento de la medicina institucionalizada de corte académico, en la que se prohibía el acceso a las mujeres.

La razón de la caída del status con el retorno de las mujeres es porque se desmitifica la imagen del médico como héroe de gabacha blanca, que pronuncia palabras esotéricas y escribe cosas ininteligibles.

Recobra quizás parte del antiguo carácter doméstico y un trato más igualitario con el paciente.

No cabe duda de que muchas de las conductas esperadas de las mujeres son, viéndolo desde ese punto de vista, muy positivas para la sociedad, y que la abnegación, la capacidad de dar, la versatilidad de la comunicación, deberían de ser virtudes reivindicables para toda la humanidad. Pero nuestro gran dilema es que éstas no conducen al éxito económico ni al prestigio social. En los patriarcados sólo se valoran las actitudes que se asocian a lo masculino: la competencia, la agresividad, el autoritarismo, la independencia, la astucia para escalar posiciones de poder, y la capacidad para hacer dinero entre otras. Aunque algunos de estos rasgos son positivos, no se inculcan a las mujeres. Todo ese conjunto de variables conducen a la marginalidad femenina.

Cuando los datos nos dicen que en un total de 238 centros de enseñanza de nuestro país, el personal docente está conformado por un 75% de mujeres y un 25% de varones; de los cuales ocupan puestos de jerarquía solamente 47 mujeres contra 191 varones y que todavía en 1988, en las 18 direcciones regionales del país no había una sola mujer con rango de directora <sup>2</sup>, concluimos que las mujeres están marginadas aún en aquellos campos que se consideran de su incumbencia.

---

<sup>2</sup> Yadira Colvo: "¿Existe un problema de la mujer?". Conferencia impartida en Foro del Colectivo VENTANA, 1988 U.C.R.

En su artículo "Opciones de Vida"<sup>1</sup> las autoras nos dicen que, analizando los datos del Departamento de Estado de los Estados Unidos encontraron que la mayoría de los empleos y profesiones típicas de mujeres, son mal pagadas y de poco prestigio social requiriendo un mínimo de destrezas y con pocas oportunidades de progreso.

Sabemos que tanto el trabajo social como las otras profesiones tradicionales femeninas requieren de tantas o más destrezas como las profesiones tradicionalmente masculinas, pero volvemos al círculo de la ideología sexista; las destrezas que durante siglos se han fomentado en las mujeres no son socialmente tan valoradas. Las habilidades manuales, la capacidad de escuchar, la paciencia y la intuición son virtudes no calificadas, vistas como sutilezas de la naturaleza femenina. El manejo abierto de las emociones y la versatilidad de expresión se miran como una debilidad más que como una virtud. La agnecación, la capacidad de entrega y sacrificio se inculcan a las mujeres como un deber.

Por otro lado, el engranaje dentro del cual nos enmarcan las instituciones, es limitado y no parece dar el ancho para que se fomente nuestra creatividad. Y es que exceptuando las maestras atadas a su rol de segundas madres, nuestras disciplinas fungen en la mayoría de los casos como auxiliares de otras disciplinas de mayor rango, ocupando un lugar secundario en la toma de decisiones. Esto nos deja una sensación de desaliento: Ante la pregunta de qué carrera escogería si volviera a nacer, el 99% de las trabajadoras sociales han mencionado muchas otras carreras menos Trabajo Social. Y es que un alto porcentaje de licenciadas en Trabajo Social laboran un promedio de 3 a 5 años como técnicas antes de poder ubicarse en una plaza de profesional. Esto sería inconcebible para el caso de otras carreras, porque nadie le preguntaría a un médico si acepta trabajar como auxiliar de medicina mientras consigue una plaza de profesional, ni a un abogado le ofrecerían de amanuense porque eso sería una ofensa. En el caso de las maestras, hasta la fecha ni siquiera se les reconoce la categoría de profesional para efectos de pago y las enfermeras recién ganaron esa batalla hace apenas tres años.

Las autoras de "Opciones de Vida"<sup>1</sup> nos dicen que aunque el tiempo promedio de la fuerza laboral femenina es de 25 años, las mujeres ganan en promedio las 3/5 partes de lo que ganan los varones, que las niñas tienden a elegir opciones menos prestigiosas que los niños conforme se hacen mayores y que las guías académicas que ofrecen los colegios tienden a conducir a las estudiantes a "empleos femeninos" tradicionales en que el salario y el progreso son menores.

Las mujeres internalizan desde la infancia un rol secundario en el que aprenden a comportarse como la sociedad quiere que sean: sumisas, resignadas, posponiendo sus intereses personales en bien de los intereses ajenos. Sus capacidades de dirigir son toleradas siempre y cuando las ejerzan con suficiente discreción. La seguridad en sí misma, la asertividad, el ímpetu, se consideran reñidos con el temperamento femenino.

El mencionado ensayo<sup>1</sup> cita el famoso estudio de 35 años de Lewis Terman con más de 1.300 personas de ambos sexos en el que un total de 150 hombres y mujeres

---

<sup>1</sup> Opc. Cit.

promediaban un coeficiente intelectual cerca del genio. El 86% de los hombres talentosos habían llegado a ser directivos y profesionales prominentes. De las mujeres con el mismo promedio, las que trabajaban fuera del hogar, el 20% eran secretarías y taquígrafas, mecanógrafas, contadoras y oficinistas, el 37% eran enfermeras, bibliotecarias, trabajadoras sociales y maestras de escuela. Sólo el 11% de ellas logró alcanzar algún tipo de triunfo en su carrera y un éxito similar al alcanzado por los hombres.

Esto nos llevaría a pensar que las carreras típicamente femeninas no dan un acceso fácil al éxito económico, al poder ni a la fama.

Nuestra formación nos hace estar claras en que tales éxitos no garantizan la felicidad y que la calidad y profundidad que podamos establecer en nuestras relaciones cotidianas, ofrece más gratificaciones que tales éxitos. Pero, vivimos en una sociedad en donde nadie escapa al juego del mercado, a las presiones económicas y a los juicios de reconocimiento. De alguna manera todas las personas somos medidas por lo que tenemos y por lo que alcanzamos.

Sabemos también que las ocupaciones de bajo status y poca paga socaban la auto-estima. Al otro extremo de nosotras (os) se sitúan aquellas personas que al exhibir profesiones de prestigio y posiciones de poder, experimentan una sobre-valoración en falso convirtiéndose en un rompecabezas para el sistema porque sus egos inflados gravitan alejados de la realidad, y a mayor alejamiento de la realidad, mayor grado de alienación.

La polarización de valores que sufre nuestra sociedad es parte del mismo pensamiento que define los sexos como antagónicos, que al clasificar las cosas no distinguen más matices que blanco y negro, que concibe las relaciones humanas en términos de quien manda y quien obedece y que atribuye a las jerarquías una naturaleza incuestionable. Es posible que una sociedad sin clases, sin grupos, discriminados, sin desigual distribución de los recursos, sin jerarquías, sin prejuicios, sin exacerbaciones, sea utópica. Pero hay grados de alejamiento o acercamiento de ella. Quienes mayor compromiso tenemos de velar por su acercamiento seríamos precisamente quienes conocemos la cara oculta de la medalla.

En un sentido tradicional podríamos aceptar que la carencia de poder nos impide flexionar los férreos marcos hacia la apertura y el cambio. Identificamos poder, como el ejercicio de cargos altos en la cúspide de la pirámide, con la acumulación de capital, de información o con el empleo de la fuerza. Pero hay otras definiciones del poder que lo conciben como la capacidad de influir en el curso del pensamiento y el cambio de actitudes de las otras personas. Desde esta perspectiva, las personas que ejercemos profesiones tradicionalmente femeninas, podemos retomar el asunto, recontando nuestra dosis de poder y ejerciéndola.

-Para qué nos serviría este poder? -para valorar lo que no se valora, para nombrar lo que no se nombra, para hacer visible el trabajo invisible, para cuestionar, para cambiar, para hacer un contrapeso en la balanza de las desigualdades.

Revalorar la importancia de una profesión que tiene la capacidad de penetrar en el ámbito de lo doméstico para hacer de lo privado, algo político y público. Porque

lo doméstico forma parte de las cosas oscuras de la historia, pero se proyecta diametralmente en todas las instituciones, ya sean estas de orden político, social o económico.

Las trabajadoras sociales, en esa búsqueda de ubicación y de identidad profesional, recorreremos de arriba abajo las enseñanzas teóricas que insistentemente nos recuerdan nuestro deber ser como impulsoras de cambios sociales, como sujetos de la historia, como forjadoras del desarrollo personal de nuestros clientes o pacientes, pero el problema es que la mayor parte de las teorías suelen ser demasiado abstractas y nos mantienen vagando por el mundo de las ideas sin permitirnos un buen aterrizaje en nuestra realidad cotidiana.

En las instituciones, nuestra realidad está sujeta a las demandas de las disciplinas de mayor rango. No contamos con suficientes herramientas prácticas para aplicar nuestros conocimientos teóricos al campo de las labores rutinarias. No tenemos un espacio propio, laboralmente hablando. La marginalidad y la miseria de nuestros clientes o pacientes, no cambia porque nosotras queramos y con frecuencia no podemos quitar el dolor en quienes tratamos de ayudar. Esto produce una sensación de impotencia y a veces sentimientos de culpa.

Los recursos que les ofrecemos sabemos en el fondo que son meros paliativos pero que las causas de sus síntomas siguen latentes.

Las terapias familiares y de grupo deberían ser nuestras herramientas básicas, pero la mayoría de nosotras desconocemos su manejo.

Los psicólogos y psiquiatras miran con recelo nuestras incursiones por ese campo que ya también comienza a ser el nuestro.

Tanto las terapias como todas las otras técnicas aplicadas al campo de la conducta, deberían de integrarse a la formación de todos los profesionales que tienen que ver con la conducta humana, pero por esa misma polarización de los valores, las actividades que son identificadas socialmente como prestigiosas y excitantes, se excluyen de lo que tradicionalmente se considera femenino. En la mayoría de los casos una gran parte de nuestro potencial se va quedando enredado hasta hacerse invisible dentro del papeleo de los informes de rutina y las funciones asistenciales y muchas otras labores de hormiga que no trascienden la monotonía cotidiana.

Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, nuestras carreras tradicionalmente femeninas, están relacionadas por eso mismo con lo doméstico, lo formativo, lo educativo y lo familiar. Su posición es estratégica para estimular la búsqueda de nuevos valores, para introducir cambios, para denunciar, para cuestionar, para evidenciar la ineficacia de los esquemas rígidos, para favorecer la pluralidad de opciones y criterios.

Los trabajos de Virginia Satir revalidan nuestro quehacer profesional ofreciéndonos opciones concretas en el tratamiento de los conflictos familiares.

Trabajadores Sociales en California aplicaron las teorías del Análisis Transaccional a la vida práctica de sus pacientes, mediante sociodramas para corregir conductas sumisas o agresivas.

En nuestro medio, un grupo de mujeres profesionales de diferentes disciplinas han venido desarrollando, por iniciativa personal una metodología para el tratamiento de mujeres agredidas. Han logrado con éxito establecer redes de apoyo mutuo entre las víctimas de la agresión, en donde las experiencias comunes compartidas y la solida-

ridad desarrollada a tal punto, imprimen en las víctimas la energía y capacidad suficientes para detener y enfrentar el círculo vicioso de la agresión y para buscar sus propias soluciones.

Cualquier método por sencillo que sea puede transformarse en una herramienta útil en determinadas circunstancias.

Si bien es cierto que ninguno nos va a llevar a producir cambios espectaculares y que su aplicación no nos va a traer a las trabajadoras sociales el éxito económico, la fama, ni un ascenso repentino, sí podemos esperar que añadan creatividad a nuestro trabajo cotidiano y tarde o temprano nos conducirán al establecimiento de los espacios autónomos para ganar un poco de independencia de las disciplinas tradicionales. Su aplicación nos sumerge en el corazón de lo doméstico que es el gran trasfondo de la organización social, los valores culturales y la vida pública. En fin, los mecanismos de compensación son totalmente aceptables para proporcionar gratificaciones que consuelen nuestros bajos ingresos y nuestra falta de status. Pero, por otra parte pensemos que esta manera diferente de interpretar y ejercer el poder, es una opción que nos acerca a los grandes movimientos sociales de finales de siglo, que se proyectan al futuro como forjadores de un nuevo orden social, y que están inspirados en filosofías humanistas, pacifistas y ecologistas, en una búsqueda de espiritualidad y en el planteamiento de una mayor flexibilidad de las relaciones humanas.

Es una manera de revalidar y reivindicar esas virtudes humanas que subyacen ocultas por la indiferencia y la subestimación.

Una manera aunque sutil más lenta e imprecisa, más acorde con la idiosincracia de nuestra profesión, y que a la larga cala más hondo y deja su huella.